

C A R A Y **Por IGNACIO AGUSTI** C R U Z

los colores del tiempo

LA noche cósmica de los astronautas, que es brevísima, pero terriblemente tenebrosa, se ve cruzada, según dicen a su regreso y las agencias, por un fenómeno especialísimo, una lluvia de partículas luminosas, sorprendentes y aturdiradoras. Pero también nos han descrito ellos el espectáculo hermosísimo de los ocasos y de las madrugadas, de los cuales tienen ocasión de ver en sus vuelos orbitales número abundante. Los celajes acogen las pinceladas cromáticas más bellas e insopechadas. Es un espectáculo irreal y ensoñador, magnífico. Cuentan que nada tiene que ver con la más aventurada descripción pictórica de los grandes maestros del paisaje, en los tiempos en que el paisaje era tema pictórico. Se trata de la luz, en esplendor, a una ciera lejanía del planeta que habitamos, la suficiente para que se advierta su curvatura y, por tanto, su proporción en la inmensidad. Los cosmonautas que son disparados al espacio exterior no son precisamente poetas líricos, sino seres con salud y entereza para definir sus observaciones por su nombre, objetivamente. En este equilibrio entre la tiniebla absoluta y la luz absoluta se debate nuestro tiempo. Por eso, seguramente, el hombre de hoy ha puesto en evidencia, ostensiblemente, un factor renovado, que durante muchos años apenas si existió como adjetivo a la vida corriente pero que viene hoy sustantivamente a definir nuestra época, abriendo en ella en cierto modo una nueva dimensión; ese factor, rehabilitado en todas sus consecuencias, no es otro que el color. El Color, con mayúscula, caracteriza a nuestro tiempo.

La aparición descarnada del color en nuestros días infunde un nuevo tono a la vida, a la vida personal y a la vida colectiva. De alguna manera podemos considerar al siglo XIX como la negación —o el disimulo— del colorido. La negación cívica del color era la levita; eran negación del color esos salones de los que se eliminaba la luz con cortinajes espesos, de indefinible tono, para que no entrara ella a dignificar con sus haces la alevosa sordidez cromática. Del siglo XVIII al siguiente hubo un cambio brusco, una ruptura categórica de tonalidad. El siglo XVIII fue un siglo con variedad de tonos, sin prejuicios colorísticos. Las reliquias de aquel siglo nos dan, sin querer, la variedad del arco iris; los muebles y los salones, según se desprende, daban tanto realce a la armonía de la línea como a la disposición oportuna —e incluso atrevida— del color. Pero al irrumpir el siglo XIX la cuestión cambió bruscamente. Pareció como si el luto de la ingeniería impregnara e influyera en el complejo social, del cual nació. El color del siglo XIX —que, por cierto, ya no era el de las luces— fue pronto color de carbonilla y color de locomotora. A finales de siglo en ciertas casas de alto copete existían variedad de salones a los que se llamaban el salón «amarillo», el salón «azul», el salón «rosa». No habitados jamás, ni apenas utilizados una vez por semana y en riguroso turno, en realidad lo que estos salones representaban era un desdén por el color mismo, como relegado adrede a materia de museo. Naturalmente que no podía exigirse al daguerreotipo, de buenas a primeras, que nos diera el colorido de la época. Pero las barbas que reproducía eran, en suma, la negativa del rostro,

por lo común sonrosado y claro. La época era, sin lugar a dudas, del blanco y del negro y cuando se aventuraba a salir de esos tonos extremos lo hacía con prudencia, en la atonía confusa de los valores medios, el malva, el rosa el azulado, sustitutivo tímido, en semitonos, de las enormes posibilidades del color, algunas de las cuales había experimentado con gallardía la anterior centuria.

Dicen a menudo que cada época tiene su color, pero la verdad es que la del siglo pasado, a los efectos puramente ópticos, no tenía ninguno. La gama, toda la gama, y especialmente la de los colores frescos, francos y diáfanos no ha sido manifestada abiertamente más que en nuestro tiempo, en los días que vivimos.

Precursor en todo, con el ánimo investigador y cargado de luces dieciochescas —de curiosidades— que llenaba su vida, Goethe se anticipó a un estudio científico que tituló «Teoría de los colores» y en el que puso tanto empeño y tanta confianza, que dice, según Eckermann, que dedicó a su reflexión nada menos que cincuenta años de su vida. Añade que con el tiempo perdido en esa reflexión y en esa obra él hubiera podido escribir ocho o diez tragedias o novelas. Es una lástima, porque ciertamente con sólo su «Teoría» nada hubiéramos nosotros sabido del genio de Weimar y hubiéramos gustado, en cambio, de otros caudales de poesía. Sin embargo, se planteaba en el

color es paz

El color marca nuestra época, el color se ha enseñoreado ya de ella; el tono habitual de los distintos procedimientos del cine en color no solamente nos acerca a un mundo muy parecido al que en la realidad sentimos con nuestros propios ojos sino que contribuye a que ese mundo exterior nos parezca realizado a imagen y semejanza del otro, del ficticio. Hay panoramas vistos en cine que se tornan inolvidables; por ejemplo, ciertos planos de la ciudad de Venecia, tomados desde un avión, que nos ofrecían —en película ya antigua y en rapidísima esencia— el hechizo total de la urbe. El cine en color ha sido capaz de enseñarnos, de forma documental, zonas de la tierra tal y como son y que jamás habrían llegado a nuestro conocimiento. El color impregna la vida que nos rodea y la que ejercemos. Las revistas ilustradas son la irrupción del color de nuestro tiempo sobre los veladores y en nuestra intimidad. Vivimos en la magia del color, que entra por los ojos y se nos queda en el ánimo en todas las esquinas, donde un cartel anunciador nos dice los morados, los cadmios, los amarillos, los verdes más vivos —tal vez un tanto fementidos— de un mundo que se renueva todos los días en las máquinas de imprimir y que cubre esquinas y muros callejeros. También la noche es de color. En las grandes ciudades se cplumbra antes de la llegada el vaho de color que transpiran; la condición cromática del tiempo parece un desquite de la terrible atonía de la gue-

rra sufrida en Europa hace veinte años, como un desplante a aquellos pardos tabardos de soldado y a las guerreras y a los monos moteados de gris y de oscuro verde, camuflaje indispensable para congeniar con la sombra y la fronda de la campaña, al abrigo del ataque o de la observación enemiga. Los colores inventados ahora, el despliegue de luces francas y frescas que nos rodean, son, seguramente, la antítesis inevitable y feliz de los días agrios de la guerra. En la entraña de los carros de combate, pardos, envueltos en la arena del desierto, en la atonía trágica de una generación que hizo la guerra, fermentaba la química con su poderosa reinención de la luz y el portento de todos los colores.

Lo que verdaderamente existe hoy entre la naturaleza, en cuestiones de óptica referidas al color y nuestra propia retina, no es otra cosa que las gafas ahumadas. Pedro Pruna, el pintor, repudia abiertamente ese adnificulo. Aduce que elimina del rostro toda su autenticidad, que son los ojos. Lo fundamental del caso es que las gafas ahumadas no extorsionan al color, sino que lo matizan. En las zonas meridionales, como la nuestra, se hacen, en pleno verano, indispensables, protectoras. Pero la naturaleza no cambia; se limita a dejarse observar menos explosiva e hiriente, con amable docilidad.

Es una insurrección de la cromática visual, en su dominio sobre la época, es, pues, una consecuencia y un equivalente de la paz. Esa paz está hoy entreverada de color, de un colorido que imprime su sello felizmente en todas las cuestiones sociales. No debiéramos más que observar, cuando vamos por el mundo, la simplicidad de la arquitectura ilustrada con el elemento del color. Está en los plásticos, en el gres y en los barnices. Y los simplicísimos elementos que constituyen hoy el interior de las viviendas están próximos a nuestro modo de ser precisamente porque han sacado al color, con franqueza, toda su elocuente efectividad. Ya no todo depende del color del cristal con que se mira. Todo es del color que es.